



Las Parábolas



La grandeza de lo pequeño

Nos han convencido de que para ser alguien hay que hacer cosas grandes. Que para dejar “huella” en la historia es necesario realizar algo espectacular.

Como si lo importante se identificara con lo grande.

Jesús enseñaba que las cosas importantes, aquellas que son capaces de cambiar la historia, que permanecerán en el tiempo, son normalmente cosas pequeñas e insignificantes en sus inicios, a las que nadie presta atención.

Nunca aparecerán en los telediarios o en los periódicos, pero de forma callada, sin ruidos, van forjando lo más auténtico de la historia de la humanidad.

Lo valioso nunca aplasta a la persona

Si alguna vez visitas Milán no dejes de ir a la estación de trenes. El edificio es grande. Al entrar te sentirás perdido. Tienes que doblar mucho la cabeza para ver el techo. Los espacios son inmensos. Las columnas de una solidez impresionante. Si tienes tiempo para contemplarlo unos minutos, sentirás que eres “nada”. Algo minúsculo sobre quien en cualquier momento puede caer una mole que no dejaría rastro de ti. Es la expresión arquitectónica de un dictador que quiso reflejar su poder y dominio sobre el resto de los mortales. En otros muchos lugares encontrarás edificios similares.



Con frecuencia la imagen que los hombres tenemos y transmitimos de Dios es la un “dictador” que impone arbitrariamente su voluntad y nos hace sentir su poder de destruirnos a fin de que seamos obedientes a sus caprichos. Nada más lejano a la imagen de Dios que nos transmitió Jesús. Ésta es una de sus parábolas más cortas pero que mejor muestran la presencia de Dios entre nosotros. La tienes en Marcos 4, 31-32

« ¿Con qué compararemos el Reino de Dios o con qué parábola lo expondremos?

Es como un grano de mostaza que, cuando se siembra en la tierra, es más pequeña que cualquier semilla que se siembra en la tierra; pero una vez sembrada, crece y se hace mayor que todas las hortalizas y echa ramas tan grandes que las aves del cielo anidan a su sombra. »

Jesús podía haber hablado de una higuera, una palmera o una viña, como hacía el Antiguo Testamento. Pero elige a propósito la semilla de mostaza, considerada como la más pequeña de todas: un grano del tamaño de una cabeza de alfiler, que se convierte con el tiempo en un arbusto de tres o cuatro metros, en el que, por abril, se cobijan pequeñas bandadas de jilgueros buscando comer sus granos. Los campesinos podían contemplar la escena cada atardecer.

El lenguaje de Jesús es desconcertante y sin precedentes. Todos esperaban la llegada de Dios como algo grande y poderoso. Los profetas hablaban de grandes árboles como los cedros plantados en montañas elevadas. Y Jesús elige la mostaza que sugiere algo débil insignificante y pequeño.

Jesús está invitando a cambiar la imagen de un Dios todopoderoso y terrible por un Dios que actúa en la debilidad, en la debilidad de su propia persona, de su actuar que le lleva a ser despreciado, condenado y asesinado.

Era mucho cambio difícil de asimilar.

Los hechos que confirman las palabras

Jesús pertenecía a esa “raza rara de hombres” que ponen en práctica lo que dicen, normalmente tan difíciles de encontrar.

Si el Reino de Dios se hacía presente con su persona, él había nacido en un lugar insignificante como Belén y crecido en una aldea desconocida y despreciada como Nazaret.

Y a la hora de comenzar a anunciar el Reino de Dios, se buscó como “ayudantes” a gente que poco sabía de Dios, es más, gente considerada por los “expertos religiosos” como malditos y aborrecidos por Dios. Gente a la que, según la mentalidad de su tiempo, Dios hubiera destruido haciendo caer sobre ellos la estación de Milán.

Hacerse acompañar por pecadores, publicanos, prostitutas... y enviarlos por delante para anunciar a los “bien pensantes” que se alegraran porque Dios estaba cerca y declaraba bienaventurados a los pobres, a los enfermos, a los que lloraban... a todos aquellos que porque sufrían no habían perdido la capacidad de ser misericordiosos con los demás hombres.



Misión desde la misericordia

Jesús tenía claro que la misión sólo se puede realizar desde la pobreza. Y que la pobreza evangélica sólo se manifiesta a través de la misericordia.

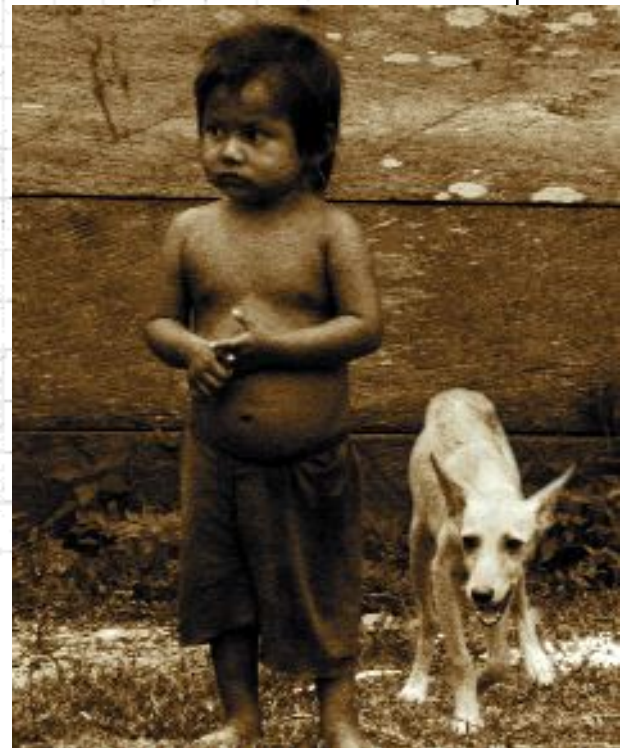
“No juzguéis... no condenéis...”, quien se crea con derecho a juzgar, a condenar a su hermano es un ciego que no se ve a sí mismo y no puede ver a Dios.

Aquel que se crea superior a los demás está incapacitado para la misión, por muy religioso que se crea o por mucho que conozca la Biblia. El Dios de Jesús es el Dios cercano en la debilidad, en la pobreza, en la humillación, en la cruz...

Bien lo expresaba Pablo: “De hecho, como el mundo mediante su propia sabiduría no conoció a Dios en su divina sabiduría, quiso Dios salvar a los creyentes mediante la necedad de la predicación.

Así, mientras los judíos piden señales y los griegos buscan sabiduría, nosotros predicamos a un Cristo crucificado: escándalo para los judíos, necedad para los gentiles; mas para los llamados, lo mismo judíos que griegos, un Cristo, fuerza de Dios y sabiduría de Dios. Porque la necedad divina es más sabia que la sabiduría de los hombres, y la debilidad divina, más fuerte que la fuerza de los hombres. ¡Mirad, hermanos, quiénes habéis sido llamados! No hay muchos sabios según la carne ni muchos poderosos ni muchos de la nobleza. Ha escogido Dios más bien lo necio del mundo para confundir a los sabios. Y ha escogido Dios lo débil del mundo, para confundir lo fuerte. Lo plebeyo y despreciado del mundo ha escogido Dios; lo que no es, para reducir a la nada lo que es.”

1 Cor. 1. 21-28



Narración de un africano

Cuando los misioneros llegaron por primera vez a mi país ellos hablaron de un Dios que creó el mundo como si fuera un Dios diferente del que aquí conocíamos.

Nosotros escuchábamos y comparábamos lo que oíamos y lo que leíamos en la Biblia y descubrimos que es el mismo Dios que desde siempre habíamos conocido.

Nosotros recibíamos de los misioneros muchos elementos nuevos. Especialmente acogimos el hecho de que podíamos llegar a conocer a Dios en forma personal a través de Cristo. Pero todos, a excepción de los misioneros, nos dimos cuenta de que su Dios es el mismo Dios nuestro.

En otras palabras, nuestro Dios había traído a los misioneros para que ellos aumentaran nuestra comprensión y nuestro empeño.

Pero los misioneros no trajeron consigo un nuevo Dios. Y esto es cuanto quisiera hacer comprender a los que son enviados, para que no pierdan tanto tiempo cambiando nuestro modo de vida sino que se dediquen a construir algo valioso sobre el fundamento que ya está aquí.



Para reflexionar y charlar en grupo

- 1- Comentar la narración del africano y su visión de los misioneros
- 2- ¿En qué estamos de acuerdo y en qué no? ¿Por qué?
- 3- Ten en cuenta que Jesús no anunció un Dios “distinto” a aquel en el que creía el pueblo de Israel, pero sí presentó un nuevo rostro enriquecedor de la imagen de Dios
- 4- ¿Qué nos enseña todo esto respecto a la pobreza y la pequeñez de la misión?